

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Pensamientos de Juan de Dios Vial Correa¹ en torno a los problemas éticos en ciencias e investigación²: Ética del acto médico

¹Dr. Juan de Dios Vial Correa

Profesor Titular Facultad de Medicina y de ciencias Biológicas

Pontificia Universidad Católica de Chile

Presidente de la Pontificia Academia para la Vida

²Textos de Discursos pronunciados en la

Pontificia Universidad Católica de Chile

1. Texto del juramento:

Juro e invoco a Apolo el Médico y Asclepio e Hygieia y Panakeia y todos los dioses y diosas como testigos de que cumpliré este juramento y compromiso según mis capacidades y mi juicio.

Al que me enseñó este arte lo veneraré como a mis padres, lo dejaré compartir mis bienes, y le daré de lo mío si se viere en necesidad; miraré a su descendencia como a mis hermanos y les enseñaré este arte si es que quieren aprenderlo sin necesidad de contrato y sin pedirles retribución. Sobre los escritos, lecciones y todas las demás enseñanzas haré partícipes a mis hijos, a los de mi maestro y a aquellos que se hubieren comprometido y obligado a la manera de los médicos por medio de juramento, y a nadie más.

Usaré los recursos médicos para las necesidades de los pacientes, de acuerdo a mis capacidades y mi juicio, me cuidaré en cambio de usarlos para dañar o de manera injusta.

A nadie le daré un veneno mortal aunque me fuere pedido, y a nadie aconsejaré en esta materia; tampoco le daré a ninguna mujer un abortivo.

Mantendré puros y piadosos mi vida y mi arte.

No incindiré, ni siquiera por el mal de la piedra, sino que dejaré que lo hagan aquellos que lo tienen por oficio.

En toda casa a la que entre me introduciré para bien de los enfermos, libre de toda injusticia consciente y de todo mal obrar, especialmente del abuso sexual con mujeres u hombres, libres o esclavos.

Lo que vea u oiga ya sea en el tratamiento o fuera de mi práctica en el intercambio con los hombres, y que no debiera revelar, lo callaré y lo mantendré en secreto.

Si cumplo este juramento y no lo quebranto, séame concedido adelantar en mi vida y mi arte, de modo que alcance honor ante todos los hombres y para todo tiempo; si lo menosprecio y

quebranto, succédame lo contrario.

Es difícil entender hoy el alcance exacto de estas palabras formuladas en el siglo V a. C. Sin embargo, vale la pena intentarlo, porque hay algo en el momento inaugural de una actividad humana, que revela sus rasgos esenciales, y que deja al descubierto algunos de sus problemas permanentes. Para entender el juramento, hay que mirar al conjunto de los llamados ‘escritos hipocráticos’. Y no hay duda de que en ellos está la partida de nacimiento de la medicina.

Una advertencia preliminar: esos escritos no son de una sola mano ni de una sola época. Se generaron por obra de muchos autores, de una especie de escuela médica, cubierta por el nombre prestigioso de Hipócrates, y que desarrolló lo más importante de su acción entre los siglos V y IV a. C. en la isla de Cos.

2. ¿Qué cosas podemos encontrar en ese conjunto de estudios que tengan todavía y para nosotros validez?

Primero, que la medicina es una actividad desarrollada por una comunidad de hombres formados en un saber racional, por oposición a lo que podría ser una medicina fiada a los poderes mágicos de individuos aislados, poderes que se transmiten por ritos iniciáticos.

¿Cuál es entonces el médico en quien piensa el juramento? Él es un miembro de la comunidad, a la que es menester ingresar formalmente, y en cuyo interior se establecen nexos que se pueden comparar a los lazos familiares.

‘Al que me enseñó este arte lo honraré como a mis padres... consideraré a su posteridad como mis hermanos... y les enseñaré este arte si así lo desean...y participaré de los escritos, lecciones y otras enseñanzas a mis hijos y a los de mi maestro, y a todos los estudiantes que estén obligados por contrato y juramentados según la costumbre de los médicos...’ Las obligaciones respecto del hijo del maestro, son parecidas a las que tiene el hombre con sus propios hijos. Pero es muy interesante que esta condición de grupo, de cofradía, está ligada a la enseñanza del arte médico el cual es en cierta forma un patrimonio cultural del grupo. Me parece que este descubrimiento griego de la ligazón entre la constitución de una cofradía, la transmisión de un saber y el ejercicio de la medicina fue un elemento determinante en la historia de lo que somos hoy día. Son muchos los oficios y profesiones respetables de la humanidad que no han conocido este destino peculiar.

Uno puede preguntarse cómo se mantuvo el prestigio singular del arte médico durante tanto tiempo en que su utilidad práctica fue tan cuestionable. Tengo la impresión de que habría que buscar por este lado: la medicina como una sabiduría sobre el hombre.

Tal vez fue esa la razón por la que al nacer Universidades en la Edad Media, apareció como natural que un saber de tan alta importancia como la medicina, se incorporara a ellas.

Además de la voluntad de mantener restringido el acceso a este saber que es propiedad del grupo, se advierte el deseo de mantener incontaminado el prestigio de la medicina.

Así, en el libro llamado de La Ley (s. 4): ‘Las cosas sagradas se han de revelar solo a los hombres consagrados; no han de ser accesibles a los no consagrados, en tanto ellos no hayan sido iniciados a los misterios de la ciencia’. ‘El arte de curar es la más importante de las artes, pero ella se ve postergada por la ignorancia de los que la usan y por la frivolidad de quienes juzgan a tales médicos...’ El lector convendrá conmigo en que este carácter de ‘orden médica’ o de ‘cuerpo médico’, está vivo hasta la actualidad. Se manifiesta incluso en rasgos que tienen algo de pintoresco desde el punto de vista antropológico, como es el que efectivamente los estudiantes de medicina hasta el día de hoy se ‘revisten’ en un momento dado de su carrera con el delantal blanco, que es mucho más que una exigencia funcional, y que viene a tomar el significado ritual de una toma de hábito, que marca la adscripción a una cofradía.

En segundo lugar, ¿cuál es el fin propio de esta comunidad médica? Su fin es el bien del hombre. Tiene desde su raíz una orientación filantrópica.

‘Usaré las medicinas (¿?) solo para beneficio del enfermo...’ ‘Entraré en todas las casas para beneficio de los enfermos, libre de toda maldad y de toda injusticia consciente, en especial de mal uso sexual... Lo que escuche o vea... que no se debiera hablar lo callaré y guardaré como secreto...’ Obsérvese que esta disposición benévola hacia lo humano no se limita al enfermo, sino que rige un comportamiento social en el que quedan comprendidos todos los familiares, toda la casa del enfermo; y en que queda especialmente regulado el secreto, no solo respecto de la enfermedad o del enfermo, sino respecto de todo su grupo.

Como corolario, el médico no sirve a la muerte. ‘...me guardaré de usarlos (los medios terapéuticos) para dañar... tampoco le daré a nadie un veneno mortal, ni siquiera en el caso de que me lo pidiera; ni aconsejaré sobre ello a ninguna persona; tampoco le daré a ninguna mujer un abortivo...’ En estos aspectos, pesa sobre el médico una prohibición absoluta.

No debe dañar conscientemente; no debe practicar la eutanasia ni ayudar al suicidio en forma alguna, y le está prohibido prestarse al aborto. Es obvio (y está atestiguado por otras fuentes independientes), que esas prácticas eran usuales, e incluso tenían un cierto grado de aceptabilidad social. Este grupo de hombres, asociados en torno a una finalidad benéfica, debe abstenerse absolutamente de ellas. Lo enfático de la prohibición está, sin duda, destinado a reforzar la confianza del paciente, el cual sabe que el médico ligado por este juramento, no podrá nunca dañar deliberadamente la vida, no podrá nunca someter la vida ajena a su propio juicio personal.

El carácter de la prohibición se refuerza si se lo compara con otra que viene poco después: ‘No incidiré, ni siquiera para la enfermedad de la piedra, sino que le dejaré ese trabajo manual a los hombres que lo ejercen...’ La prohibición de ejercer la cirugía que aquí se desprende, trae inmediatamente su explicación. Hay otros entendidos que están encargados de eso. Este médico, esta cofradía que se presenta bajo el nombre de Hipócrates, no practica ese arte. Tanto es así, que en la evolución de la escuela hipocrática, se introdujo eventualmente la cirugía, como lo atestiguan varios de los libros. Son dos cosas distintas la de abstenerse de prácticas que van contra la vida, y la de dejarles a otros algunos aspectos del arte de curar. Es sabido también que esta distinción, que fue tal vez históricamente razonable, entre médicos y cirujanos, tardó más de un milenio en extinguirse.

En suma, la medicina es por el amor del hombre. (Paracelso).

3. ¿Cómo se desarrollaba esa acción médica en bien del enfermo?

La imagen que nos han dejado los escritos hipocráticos es la de un médico itinerante, que se desplaza por el Mediterráneo Oriental y el Mar Egeo y que va observando en cada parte las dolencias, y comparando sus signos y su evolución. Pero también es la de un médico que atiende en una clínica, en un sitio especialmente acondicionado para ese objeto, a pacientes que acuden a él.

—Un primer dato que parece interesante en la medicina primitiva es lo que podríamos llamar la pobreza del examen físico. Los síntomas registrados en el examen mismo son pocos, siempre relativos a signos fácilmente observables, de fisonomía, de supuraciones, de datos inmediatamente aparentes. Toda la acción médica está mucho más cerca de una anamnesis que de una exploración física. Pero la atención que no se les da a los signos objetivos del cuerpo, v. gr., dolores a la palpación, masas tumorales palpables, etc., se le concede a las características de los humores excretados como orina o deposiciones—.

La acción médica está referida básicamente a la evolución y pronóstico de las enfermedades.

Estos aspectos son inmensamente más importantes que lo que podríamos llamar el diagnóstico o la interpretación de los síntomas. La eficacia del médico se mide en la precisión con la que es capaz de prever el curso de la enfermedad, sus peripecias y su eventual desenlace, sea este favorable o desfavorable. Este rasgo distintivo es el que les da un atractivo singular, por ejemplo a los libros primero y tercero de las Epidemias, atribuidos en general a Hipócrates mismo. (Epidemias I n 634 (pág. 21). ‘El médico debe decir lo que ocurrió antes, reconocer lo que está ocurriendo y predecir lo que pasará en el futuro.

Este es el arte que debe practicar. Esto sirve de dos maneras al cuidado de la enfermedad: para provecho, o al menos para no dañar. Nuestro arte comprende a tres, que son la enfermedad, el enfermo y el médico. El médico es el servidor del arte.

Y no olvidemos que para los griegos, el arte imita a la naturaleza. El enfermo, junto con el médico, debe resistir a la enfermedad’.

Es también la perspectiva defendida en el libro llamado de los Pronósticos, atribuible también al propio Hipócrates ‘Pienso que es muy importante para el médico que sepa ejercer el arte de pronosticar’. La importancia se justifica, tanto porque le aclara al médico sobre la conducta a seguir, como porque sirve para justificarlo y cimentar su prestigio ante los enfermos. La evolución es la historia natural de las enfermedades, y quien es capaz de preverla, muestra que ha penetrado en el secreto del mal.

Porque es en los signos y en su evolución donde se despliega la naturaleza de la enfermedad. Por mucho que la medicina hipocrática exija el estudio acucioso de los factores del entorno, ella no olvida que hay una naturaleza propia de la enfermedad, un modo peculiar según ella está

apartando al enfermo de la condición de salud.

‘...Para cada clase de signo sin embargo, debe quedarle claro que en cualquier año y en cualquier estación los signos malos son malos y los buenos, buenos. Se muestran así los signos descritos como tan válidos en África como en Delos y Escitia.(1) También debe entenderse que en el mismo lugar la seguridad de su significación se hace mayor cuando se los ha estudiado con precisión, y se han sacado de ellos las conclusiones...’ (pág. 80).

Así las manifestaciones patológicas tienen un comportamiento que les es propio, que les pertenece solo a ellas y que identifica su curso; pero se combinan con el ‘genio epidémico’ (como se diría más tarde), con las estaciones y las características del año dado.

La constancia de los signos pronósticos es tal que ella ha sido verificada en sitios geográficos distantes entre sí, tanto en el Egeo, como en África y al sur del Danubio.

Yo diría que ese énfasis en el pronóstico y en la evolución, mucho más que en la clasificación de la enfermedad, es, habida consideración de los conocimientos científicos de entonces, una muestra eminente de realismo.

4. Pero luego, deberíamos preguntarnos ¿cuál es ese bien de la salud que procura el médico?

No es fácil responder a esta pregunta a partir de los escritos hipocráticos, que son muy escuetos y poco especulativos. Pero creo que es muy importante mirar en qué forma era interpretada la acción médica, y concretamente la de la medicina hipocrática, por la sociedad de su tiempo.

Habría que decir que es una medicina que se orienta a la integralidad del hombre.

Para explicar esto en mejor forma, hay que recurrir principalmente a los Diálogos de Platón (siglo IV) donde queda el testimonio de la importancia que se le concedía en Grecia a esta medicina. Para entender los pasajes, hay que acordarse de que la sociedad griega estaba formada de libres y de esclavos, y que el pleno sentido de la vida estaba reservado a los hombres libres. Esta distinción permite entrever qué es lo que consideraba el griego como lo más propio de la medicina, ya que eso sería forzosamente la medicina de los hombres libres.

Encontramos la idea desarrollada en el diálogo de Las Leyes (720) ‘...como los enfermos son, ya libres, ya esclavos, son más a menudo los esclavos los que son médicos de los esclavos... y los médicos de esta clase no le dan a los pacientes que cuidan ninguna explicación sobre la enfermedad de la que están sufriendo. Por el contrario, después de haberle hecho la receta que le dicta la rutina, y fingiendo conocer al dedillo el problema, con una arrogancia de tirano, corre de un servidor enfermo a otro... En cambio, es el médico de condición libre el que por regla general cuida y trata las enfermedades de los libres; y después de haber hecho un examen de la dolencia desde su comienzo, y al modo como lo pide un tal examen, entrando en conversación tanto con el paciente mismo como con sus amigos, por un lado aprende personalmente algunas cosas del enfermo, y por otro instruye a este en la medida en que le es posible; aun más, no prescribirá nada como no haya ganado previamente algo de su confianza. ¿No es acaso solo en este

momento, cuando sin cesar de preparar en el paciente un estado de apaciguamiento, se esforzará de completar su obra devolviéndolo a la salud?' 61 (Una reflexión que no podemos eludir es ¿cuántos médicos se portan hoy día como médicos de libres y cuántos como médicos de esclavos?).

Pero aparte de eso, queda claro cómo se comportaba el médico, conversando, entrando en un contacto humano con el enfermo y sus familiares.

El hablar entre el médico y el paciente asumía allí una importancia capital. No se trataba de darle al enfermo 'explicaciones científicas' que se remitieran a principios filosóficos fundamentales. Lo que tenía importancia era hacerse entender por el enfermo, el que la palabra del médico le 'recordara' el mal que lo hirió (Die Alte Heilkunst n 574, pág. 205).

Esa medicina, a la cual verdaderamente 'ingresa' el enfermo, para hacerse parte activa de su retorno a la salud, llega a ser parte de un hacer educativo, y es por eso esencial a la cultura griega, toda ella empapada del ideal de la 'formación' del hombre, de su configuración para que su naturaleza se despliegue en su perfecto equilibrio.

Entonces, ¿cuál es el fin de esa acción médica? No consiste propiamente en librar al enfermo de unas molestias, o mejorar una dolencia. La medicina apunta hacia un estado de salud en el cual resplandece la naturaleza humana en su perfección propia.

Esa es la visión que da Platón en el diálogo de Gorgias. Allí se establece que hay dos artes distintas que corresponden a dos cosas distintas: al alma, el arte política, mientras que al cuerpo, la gimnasia y la medicina, siendo la una comparable al arte legislativa y la otra al arte judicial.

Distingue luego el terreno propio del arte médica del de prácticas como la ¡culinaria! (esto puede parecernos extraño hoy día, pero tenía su razón de ser muy clara cuando la dieta era uno de los elementos terapéuticos fundamentales; y también nos sirve para reflexionar sobre el nivel y la calidad de los conocimientos (¿por qué no pasó nunca el arte culinaria a las universidades, p. ej.?) ¿en qué se distinguen para el griego, el médico del cocinero en lo que a la dieta se refiere?. Señala que para los ignorantes o poco racionales podría darse que la opinión del que cocina fuera más valedera que la del médico; pero ello ocurre porque no se repara en aquello en lo que consiste propiamente el arte: la cocina no es un arte sino un saber hacer, porque ella no está en condiciones de dar cuenta de lo que hace. Y en el diálogo, Sócrates le rehúsa el nombre de arte a aquello que es un modo irracional de actividad. La cocina equivale para la medicina a los 'afeites' o arreglos corporales artificiales, para la gimnasia. Profundizando más (GO 500-50), insiste en la comparación entre la medicina que busca el bien y la cocina que busca el placer, y luego que la medicina es un arte mientras la cocina no lo es; la medicina ha considerado la naturaleza del objeto al que le da sus cuidados y la causa que determina su propia acción; está en condiciones de dar cuenta de cada uno de sus pasos; mientras que la cocina camina por instinto, sin examinar la naturaleza del placer ni su causa, siguiendo solo la rutina y lo que la experiencia le ha mostrado guardando un recuerdo de lo que le ha procurado placer.

La salud no es entonces una ausencia de malestar, ni siquiera el mero bienestar físico.

Es una forma de ser que está ordenada al bien, o sea que tiene un sentido espiritual, de perfección.

Aún más claro y categórico es el planteamiento que desarrolla Platón en el diálogo de Fedro: (Platón, Fedro, 270-271): ‘SOC... sin duda el caso del arte médico es exactamente igual al del arte oratorio FED ¿Cómo? SOC. En ambos casos se tiene una naturaleza que hay que analizar, el cuerpo en el primero, el alma en el segundo; porque si eso falta, no habrá en qué basarse como no sea sobre la sola rutina y la experiencia; pero en ningún caso sobre el arte... (en un caso) para llevar salud y el vigor... en otro caso tal o cual convicción...’ A continuación se señala (invocando la autoridad de Hipócrates) que ni para el alma ni para el cuerpo parece posible una concepción digna del nombre de arte si ella se da en forma independiente de la naturaleza del todo o del conjunto (ambiente).

La salud es, entonces, una perfección exigida por la naturaleza humana integral.

5. ¿Cómo se interpretan las enfermedades?

Algunos escritos posteriores contienen ya especulaciones, diríamos fisiopatológicas.

Es el caso del tratado sobre la epilepsia, algo más tardío, donde se manifiesta un espíritu distinto con extensas explicaciones que buscan establecer un mecanismo, una ‘patología’ diríamos hoy, una interpretación natural del fenómeno epiléptico. Ella se basa en una interpretación sobre las funciones del cerebro, del hígado, del bazo, y sobre todo en el rol atribuido a las arterias de llevar el aire al cerebro. Por supuesto que en una exposición breve como esta no tendría ningún sentido entrar a discutir el detalle de estas interpretaciones y las circunstancias en que pudieron ellas haberse generado. Me interesa destacar sin embargo que el libro sobre la ‘enfermedad sagrada’ no parece estar tan orientado a ofrecer una interpretación dada de la enfermedad, como a descartar las interpretaciones mágicas o religiosas que habían llevado a darle ese nombre. El libro procura mostrar con todos los argumentos a su disposición, que ella no es más sagrada que cualquiera otra y que las interpretaciones animistas o mágicas de las que reseña algunas, carecen de todo fundamento. Más bien relaciona la epilepsia con la herencia y con la constitución corporal.

Aquí se manifiesta uno de los caracteres más interesantes de la medicina hipocrática que es su carácter desacralizado, no animista.

Hipócrates es estrictamente un naturalista. Es curioso ver cómo en estas descripciones detalladas de cursos de enfermedades largas y complicadas, faltan casi por completo las alusiones e invocaciones a los dioses. Creo que esto es digno de notarse, porque para los antiguos toda la naturaleza estaba animada por las presencias divinas. No solo en los escritos contemporáneos, sino muchos siglos más tarde, en los grandes poemas latinos como la Eneida, o las obras de Horacio, se encuentra uno con que cada valle, cada monte, cada río, cada acontecimiento grande o pequeño, la obra del trabajo, del juego o de la guerra, están presididos o habitados por deidades ocultas. Aquí, en los escritos hipocráticos, falta todo eso. La descripción es escueta, y el pronóstico de vida o de muerte está dejado a los síntomas, prácticamente sin reflexiones ni teológicas ni filosóficas. El libro de los Pronósticos termina con un pasaje bien categórico a este

respecto: ‘El médico que quiere prever adecuadamente quien es el que va a recuperar la salud y quien es el que va a morir, 63 y cuál es el enfermo que lo estará por largo tiempo y cuál el que lo estará por corto, debe estudiar todos los signos y juzgar luego sopesando la importancia de unos contra la de otros, tal como ha sido descrito principalmente para la orina y la expectoración. Sin embargo debe comprender también rápidamente el desarrollo de las enfermedades epidémicas en el país, y no dejar de considerar el estado del tiempo atmosférico...’ Hay una naturaleza desacralizada, algo así como la que se habría de imponer más tarde en Occidente bajo el impulso del judeo-cristianismo.

6. ¿Qué relación tiene la medicina hipocrática con el resto de las ciencias de su tiempo?

Así como prescinden de interpretaciones no naturalistas, los libros están permanentemente en polémica con las interpretaciones ‘monistas’, ‘unitarias’ de la física de su tiempo.

La física griega y su filosofía, se estaban planteando la cuestión del ser de las cosas.

Se la planteaban con una crudeza y una fuerza originarias, como cuando Parménides dice en su poema que ‘uno y lo mismo son el ser y el pensar’. Y el problema típico de la filosofía o física presocrática fue el de tratar de reducir toda la realidad a un solo principio, o a un número restringido de principios. Así el libro ‘sobre la naturaleza del hombre’ polemiza contra una idea cara a los físicos griegos primitivos, de que lo que es, es uno y que esto es el todo, mientras se inclina a una composición compleja que toma forma en la teoría de los cuatro humores. El raciocinio contra la simplicidad de la composición del cuerpo humano, es en parte empírico, en parte dialéctico, y defiende, al reivindicar la ‘realidad’ del dolor, la realidad eminente de la naturaleza sensible, por sobre cualquier interpretación monista. Esta postura es acentuada en el ‘Arte antigua de curar’ donde el número de ‘principios’ que están en juego en el cuerpo humano se hace indefinido. En el diálogo de Fedro, Sócrates argumenta para mostrar que tanto en la medicina como en la Retórica hay que tratar primero el objeto para examinar si es simple o complejo; en este último caso habrá que proceder a enumerar y distinguir las partes; y sea sobre el objeto simple, sea sobre el objeto complejo considerado en su conjunto, indicando claramente que el objeto propio de la medicina es complejo.

Pero no hay duda de que en esta polémica con la ciencia de su tiempo se halla anticipada la tensión de siempre entre la medicina y la ciencia. Es un hecho que la ciencia es reduccionista, que ella trata de recurrir a explicaciones simplificadoras, monistas, de la realidad. Y eso es un hecho más llamativo aún hoy día, cuando la concepción científicotecnológica hace comparecer ante todo, el hecho de que toda la naturaleza, incluido por cierto el hombre mismo se hallan enteramente disponibles, son como una constante destinada a la elaboración y la transformación. La medicina, en cuanto ella mira a cada hombre y procura hacer presente la riqueza propia de su naturaleza, se resiste casi instintivamente a todo reduccionismo, por mucho que pueda aprovechar de lo que la técnica y la ciencia le ofrecen para su ejercicio. También esa tensión, saludable tensión, pero tensión real, nos llega de los escritos hipocráticos, y se refleja en el juramento, porque éste no es un compromiso de conocer a fondo la realidad humana, sino de actuar benévolamente hacia el hombre.

¿Es ciencia esto? ¿No es ciencia? Hay ciertamente un espíritu igualmente alejado del animismo

clásico, de la disposición de ver la acción de los dioses en todas las coyunturas, como de un científicismo más a la moderna que supusiera que solo sabemos cuándo podemos tener la noción de un mecanismo.

Frente a esta complejidad del problema médico, se plantea el primer ‘aforismo’ (pág. 159): ‘La vida es corta, el arte es largo; el momento adecuado es fugaz; la experiencia es engañosa, la decisión es difícil’.

7. La medicina como formación humana

Así entonces, contra el monismo físico, ‘El arte antiguo de curar’ esgrime la noción de la ‘mezcla’ de principios, cuyo ‘justo medio’ es la salud, y cuya difícil determinación es el núcleo de la medicina. Luego de insistir sobre la necesidad de encontrar un equilibrio entre los excesos de alimentación o de bebida, de pesadez o de liviandad, dice: ‘Siempre se ha de buscar la medida, pero la medida no se hallará en número o en peso con el que pudiera relacionarse para llegar a resultados exactos, sino con la sensación corporal’ (Alte Heilkunst 9) Jaeger ha acentuado que este equilibrio de la mezcla proporciona una ‘norma’ llena de sentido, y que desde ese punto de vista, la fuerza, la salud y la belleza son virtudes (aretái) corporales, comparables a las virtudes éticas del alma.

El ‘arte médico’ como lo sugieren innumerables testimonios de la antigüedad clásica, venía a ser como una especie de ‘imitación’ de la naturaleza humana, orientada a restituirla a su condición ‘virtuosa’ por el equilibrio adecuado de sus partes, la mezcla. En ese sentido, la acción médica guarda una estrecha similitud con la ética clásica donde también se trata de alcanzar un justo medio, un punto de equilibrio, que no es cuantitativo, sino que es aquel en el que la naturaleza de la acción humana emerge en todo su esplendor.

Epílogo

Lo sagrado puede estar ausente de la descripción de las enfermedades, de las disquisiciones sobre su origen y sus síntomas. Pero los dioses antiguos están presentes en la frase inicial del juramento, allí donde se los toma por testigos. Lo sagrado en todas las culturas es propiamente aquello que en ellas se toma como la base, como lo indudable, aquello cuya fuerza es la garantía de la realidad. El juramento esboza una noción de médico ligada al bien de los hombres, nutrida del respeto a su naturaleza, transmitida como encargo de maestros a discípulos y hace que esta noción descansa sobre el fundamento de lo divino, y participe así de la fuerza de las cosas absolutamente reales. Es en ese sentido un acto religioso y muestra la voluntad de afianzar la acción médica en lo más consistente y firme que el hombre puede concebir. ‘Llamo en juramento a Apolo el médico... y todos los dioses y diosas por testigos...’ 65 Y en esa perspectiva sigue teniendo una fuerza primigenia el compromiso del médico, distinto del que asume cualquier otro profesional, hasta en nuestros mismos días: ‘Mantendré puros mi vida y mi arte’.

En suma, el médico como integrante de una comunidad dedicada por el aprendizaje, la enseñanza y la práctica, a procurar el bien integral del hombre, y comprometido a ello por un juramento solemne, esa es la idea de la medicina hipocrática, la que explica su inagotable vitalidad.